



CHILE: MEMORIA Y FUTURO DESPUÉS DE PINOCHET

Hugo Zemelman

Notas tomadas por Manuel Ossa durante una charla de Hugo Zemelman el 10 de enero de 2007; Invitado por Centro Ecuménico Diego de Medellín y Colectivos de Trabajadores, CC.TT.

La gran problemática detrás de lo acontecido en este país desde 1973 hasta ahora es la que de nuevo rebrota como problemática en este momento en diversos países, como Bolivia, Venezuela y México. En México, se vive una profunda inestabilidad, muy inusual en un país que fue regido por un régimen altamente eficiente durante más de setenta años. México en este momento, como puede ser el caso también de Bolivia y algunos países centroamericanos, está viviendo un cierto desorden en el orden estatal, producto de una problemática que hay que tener como punto de referencia para entender también la situación de Chile, cual es la contradicción muy difícil de resolver entre la lógica de la **reproducción del capital** y el régimen **democrático**.

Este es el problema de trasfondo.

Legitimación keynesiana del capitalismo

Durante un cierto lapso histórico, el régimen democrático pudo compatibilizarse con la ampliación de la reproducción capitalista que impone la globalización, con su exigencia de mercados mayores. Esta compatibilización fue posibilitada por el riesgo político que la revolución bolchevique y el fenómeno comunista representaba para el capitalismo. Mientras emergía el movimiento comunista a partir de 1917, el capitalismo tuvo que adecuarse. Y esta adecuación es lo que hoy conocemos como el “capitalismo de bienestar”, acuñado por un grupo de economistas encabezado por Lord Keynes, y que consistió básicamente en regular el capitalismo, - el mercado de capitales y el de servicios, las importaciones y exportaciones -, pero sobre todo, en fomentar una política de gasto social dirigida a contener las contradicciones sociales. Los gobiernos de la época hicieron una gran inversión en políticas de salud y de educación y en infraestructura – se creó la infraestructura industrial y de obras públicas de estos países. Es lo que los historiadores han llamado “el desarrollo hacia adentro”.

Este lapso duró mientras duró el riesgo del comunismo, o sea, casi todo el siglo XX.

Al producirse el colapso del bloque soviético – lo que es materia de otra discusión – se desmoronó el riesgo de que las crisis de reproducción del capital se transformaran en crisis políticas. Y al desaparecer ese riesgo, desapareció la

necesidad de las regulaciones.

Pero el problema que está detrás es esa contradicción entre capitalismo y democracia. ¿Son compatibles? Ésa es la pregunta que tenemos que hacernos.

Desde esta perspectiva, sería correcto sostener que en Chile se ha dado un paso desde una sociedad organizada en función de **proyectos de sociedad** a una sociedad meramente **mercantil**.

El proyecto de la Unidad Popular como profundización de la democracia

En la sociedad chilena anterior al 73, se daban alternancias de proyectos. Así fue la historia de Chile antes del golpe, desde 1938 a 1973, período durante el cual la sucesión de gobiernos no significaba sólo cambios de personas, sino de proyectos: el ibañista, donde hubo presencia socialista y un movimiento de tipo nacionalista; el de Alessandri, el de Frei y el de Allende: cuatro gobiernos sucesivos – sin tomar en cuenta los gobiernos radicales del 38 – que inauguran el llamado “Estado de desarrollo hacia adentro”, con tres o cuatro proyectos diferentes de sociedad que, evidentemente, mantenían entre sí una cierta relación, como el demócrata-cristiano y el de la Unidad Popular. Muchas de las políticas de Allende fueron la continuación de las políticas iniciadas por Frei. La diferencia estuvo en los actores. La reforma agraria que aplica Allende fue con la misma ley de reforma agraria de Frei. Hay pues, una continuidad.

Es interesante analizar por qué esa continuidad suscita lo que suscitó en un momento determinado, como fue resolver el problema de la contradicción entre el capitalismo y la democracia con un golpe cruento como el de Pinochet en 1973. Puede haber muchos puntos de vista a este respecto. Pero hay que analizarlo y discutirlo, como parte de la reconstrucción de la memoria que en este país deliberadamente no se quiere recuperar.

¿Memoria de triunfo o de derrota?

Esta rápida retrospectiva nos lleva a hacernos la pregunta que está detrás de los tres temas que me planteaban: ¿qué fue derrotado y qué triunfó el ‘73? Más allá de decir que se derrocó un gobierno, que se mató gente, que se reprimió, que subió un grupo que fuera desplazado por otro, ¿qué es lo que fue derrotado y lo que triunfó en el 73? Es una pregunta importante, sobre todo para poder pensar el futuro de este país a partir de una determinada memoria. Porque hay dos memorias: la de la derrota y la del triunfo, y según sea quien escriba la reconstrucción de este proceso, será una memoria de triunfo o una de derrota.

Este es un tema que las ciencias sociales chilenas no han abordado, y menos lo ha hecho la clase política. Y ésta no lo va a hacer, porque lo que se dio en este tránsito del capitalismo regulado keynesiano al capitalismo desregulado, mirado desde la perspectiva de la sociedad civil, es simplemente la transformación de una sociedad que era **espacio de proyectos políticos** en una sociedad **puramente mercantil**, donde lo que cuenta es el acto individual, fundamentalmente, del consumo y del intercambio, con todo lo que esto conlleva. Pues de ahí viene que en Chile se haya exacerbado el individualismo, el aislamiento, la fragmentación y atomización, la pérdida del compromiso con lo colectivo, la pérdida de interés incluso por lo político. Pues, desde esta perspectiva, hacer política en Chile pasa a no ser otra cosa que administrar lo

mismo, un proyecto donde la disputa está en decidir quiénes son los administradores del proyecto.

Esta es también una discusión. Me limito a tocarlo como tema abierto al debate. ¿Qué hacer con esta pregunta?

Sin menoscabo de lo que otros colegas están haciendo, con un grupo de jóvenes, hemos comenzado a hacer una investigación bastante exhaustiva sobre la pregunta de cuál fue la coyuntura del 73, más allá de los ideologismos y de las calificaciones o descalificaciones. ¿Qué representó esa coyuntura en el marco más amplio del esfuerzo de este país por construir un sistema político y una economía a partir de la década de los 30?

Porque la coyuntura del 70 y del 73 es parte de un ciclo histórico. Sin los precedentes de ese ciclo, comenzando por el Frente Popular, y los gobiernos radicales de los años 40, - la experiencia de Ibáñez, la emergencia del sindicalismo, la de los partidos políticos - es imposible entender la figura de Allende y por lo tanto el proyecto de la Unidad Popular. **Este proyecto y el liderazgo de Allende expresan una etapa superior de un proceso de desarrollo económico compatibilizado con un proceso de desarrollo político que consistía en una ampliación de la democracia.** En el fondo y en la forma, a diferencia de otros países de América, Chile se caracterizó por un proyecto radical de democratización, un proyecto radicalizado de permanente construcción de una democracia cada vez más profunda. La Unidad Popular es expresión de un momento particular de un proceso de construcción político constitucional y económico que llevaba treinta o cuarenta años. No se la puede concebir de otra manera.

Entendiendo así la coyuntura de entonces, se puede entender el significado del pinochetismo. Sin ello, no pasa de ser un cuartelazo, un gobierno sanguinario.

Estos son temas fundamentales, si queremos construir el futuro. Porque el futuro arrastra esto en la subjetividad de cada quien, en la subjetividad de la gente que tomaba champagne en la Plaza Italia el 12 de diciembre, como también en la subjetividad de los que aplaudieron a Pinochet en el Hospital Militar. Estas son cosas profundas de este país y su idiosincracia y que probablemente crucen las diferencias ideológicas. Y es un punto que no se discute con suficiente claridad, no obstante que haya una cantidad de textos sobre el problema de la identidad de los chilenos.

El “Estado en forma” como institución histórica

Chile, a diferencia de otros países de América Latina, fue un país que desde muy al inicio de su historia independiente se caracterizó por lo que la clase política de la época dio en llamar “el Estado en forma”. El “Estado en forma” expresa una experiencia política inédita, que no se ha repetido en el resto del continente, y que data de mediados del siglo XIX. Consistió en que quedaron dominados los caudillismos y, sobre todo, que quedó controlado el poder militar, un poder fáctico. Ésta fue la hazaña de Portales y lo que le costó la vida. Esto remonta a 1830. El “Estado en forma” fue el proyecto de una burguesía, por darle un nombre, que tuvo un proyecto de país muy incipiente. La formulación de ese proyecto supuso que los grupos sociales se reconstruyeron hasta llegar a expresarse políticamente de manera muy orgánica. Lo hicieron en el partido

liberal y en el conservador – los que a su vez experimentaron transformaciones, lo que no ocurrió por ejemplo en Colombia.

Este esfuerzo de institucionalización es un hecho de la historia, analizado sí por los historiadores, que guarda mucha presencia en la historia actual. Fue un país que de alguna manera pretendió organizarse, no en base a caudillismos o liderazgos carismáticos, sino en base al poder de las instituciones. De ahí la expresión: “Estado en forma”.

A finales del siglo XIX, con Balmaceda, con su política frente al salitre, se pretendió anticipar de alguna manera las grandes estrategias de desarrollo de los años 30 y 40, para decirlo en forma un tanto atrevida. Ese mismo grupo social que estaba asentado primero en la tierra, después en la minería, en el comercio y en la banca, pero que con Balmaceda se desplaza a estos sectores más que a la tierra, comenzó a darse cuenta de que el país tenía que desarrollarse hacia adentro. Este esfuerzo creó una contradicción interna que se expresó en la revolución de 1891.

Estos datos históricos están conectados de alguna manera con lo que nos compete ahora, porque son atisbos de que en Chile se comenzó a dar un proyecto de nación, tanto en el plano económico, como en el político institucional, con muchas variantes y con muchas interrupciones, una de las más importantes es la del 91, luego durante el régimen parlamentario, hasta que se recupera en la década de los años 20. Pero, una vez recuperada, luego, rápidamente, quizás provocada por la gran crisis del 29, se establece de una vez, a partir de una alianza interclasista que se hizo entorno a un proyecto de desarrollo hacia adentro.

Es interesante notar que muchas de las ideas “intervencionistas” del Estado, no tuvieron su origen en la izquierda chilena, sino en la derecha. La idea de la Corporación de Fomento de la Producción la concibieron los ideólogos de la derecha chilena. Era un grupo, no diría ilustrado, pero que sí tenía una visión de país y de nación, visión que correspondía a una etapa particular del desarrollo del capitalismo, un capitalismo que todavía se podía controlar en los marcos de lo que podríamos llamar “sociedad nacional” o “mercado nacional”. Esta estrategia que se venía gestando ya desde fines del s. XIX, con interrupciones, y que se afianza en la época de los 20, pero sobre todo con el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, de ahí en adelante, casi sin interrupción hasta el gobierno de la Unidad Popular, correspondió a una etapa del desarrollo del capitalismo keynesiano, vale decir, de un capitalismo que tenía que cuidarse de sus propias contradicciones, porque tenía al frente un enemigo que no era nacional, sino internacional, el cual estaba respaldado por un poder económico y militar enorme.

Esto marca toda una etapa que define el contexto en el que surgen figuras como Allende y en que se hacen posible los partidos socialista y comunista y su posterior alianza. Al representar este ciclo de reconstrucción económica y político-constitucional, Allende dio un salto para profundizar este ciclo – y éste es el gran problema que los chilenos tenemos pendiente y por resolver - , radicalizando medidas que se habían venido tomando en términos de la industria, de la tierra y demás.

Pero ¿cuál fue el problema que emergió? Que el actor político de este salto, si

bien es cierto que expresaba este ciclo, no necesariamente se había consolidado, sino que estaba sólo en su primera fase de constitución. Profundizar este ciclo en términos de una economía de bienestar, que respondía al modelo de desarrollo hacia adentro y que además respondía a la lógica del capitalismo de la época, suponía un actor. La pregunta es, si ese actor existía.

Un proyecto sin actor constituido

La Unidad Popular, ¿era el actor de este salto? ¿O era más bien el embrión de ese actor?

El período presidencial de Allende no era un período de seis años, sino uno indefinido en el tiempo, que tenía que calendarizarse en etapas electorales en tanto respetáramos la institucionalidad que esos mismos actores políticos habían contribuido a crear.

Las medidas frente a los bancos, al capital extranjero, a las minas, a la reforma agraria podía tener un ritmo muy rápido, como objeto de decretos presidenciales. No así la constitución de un actor político capaz de sostener eso como una nueva etapa de un proyecto de desarrollo hacia adentro de Chile. Existía sólo el embrión de ese proyecto, cuya expresión era la alianza débil, contradictoria, llena de tensiones y de conflictos entre el partido socialista y el partido comunista, más algunos otros grupos menores que después mostraron su verdadero rostro.

No existía, pues, el actor del cambio. Existía la visión del cambio encarnada en una figura como Allende, pero no existía la capacidad de traducir esa visión en políticas concretas, porque no estaba ese actor. Si a eso agregamos que esas políticas, con un actor débil, contradictorio, lleno de pugnas, que a veces ni siquiera superaban las pugnas burocráticas, como se pudo ver, por ejemplo, en el sector agrícola que conocí de cerca. Si no había una cohesión ni articulación del actor, mal podía haber una articulación del proyecto. El proyecto existía sólo a nivel del discurso presidencial. En ese sentido, Allende fue un gran solitario, una figura casi de tragedia griega, con muerte anunciada... desde que asume la presidencia. Estaba él avanzando con la bandera en alto, pero no tenía quien lo siguiera con la organicidad suficiente que los desafíos del proyecto planteaban, concretamente, en los ámbitos institucional, económico y cultural.

¿Derrota o triunfo en 1973?

En esta perspectiva, vuelve a plantearse la pregunta de qué es lo que fue derrotado y qué lo que triunfa en 1973.

Se derrota la posibilidad de que continuara desarrollándose un proyecto radicalizado de democratización. Este proyecto iba a tener, evidentemente, una serie de consecuencias económicas y culturales.

¿Qué triunfa? Esta pregunta es quizás mucho más compleja. ¿Triunfó el neoliberalismo? Se pueden esbozar muchas hipótesis, porque eso también tuvo una historia interna que llevó varios años en el interior del golpe militar. Esta historia pasa por dos o tres momentos de indefinición con respecto a cuál iba a ser la orientación de carácter político y económico que de alguna manera de iba a imponer. Se produce el desplazamiento de la Democracia Cristiana, se ocupa el espacio por un grupo de tecnócratas que ni siquiera tenía representaciones

políticas claras, los que después conformaron un movimiento político como la UDI.

No estaba claro, pues, el proyecto económico. Lo que estaba claro era lo que había que detener. El triunfo consistía, por lo tanto, simplemente en detener algo, para crear condiciones de algo distinto que todavía no estaba definido en términos de proyecto nacional. Si estaba definido a nivel internacional: que era detener un gobierno que pudiera, el día de mañana, hacer alianza con un enemigo del capitalismo que lo había forzado a autoregularse, cual era el movimiento comunista internacional.

Aquí es donde el problema comienza a escaparse de las manos. Si profundizamos en la pregunta sobre quién triunfa: triunfa la necesidad de resolver una ecuación que aún no había sido resuelta y que venía arrastrándose casi desde el siglo XIX con distintos grados de intensidad y de conflictividad y que era el problema inicialmente planteado: **cómo combinar el funcionamiento de un capitalismo, - que se había ido transformando -, con el mantenimiento de un sistema político democrático que le sirviera de legitimación.**

Desde el punto de vista del pensamiento conservador, el problema es muy sencillo. Se demuestra que se puede resolver esa contradicción a través de gobiernos de fuerza. Pero la historia demuestra también que no es suficiente y que los gobiernos de fuerza se agotan con cierta rapidez histórica – en la vida de una persona puede ser mucho tiempo – pero que no logran lo que Weber hace ya muchos años llamaba su **legitimación**. La democracia es la legitimación – para la cual no se ha encontrado un sucedáneo – del capitalismo nacional y con mucha mayor razón del capitalismo transnacionalizado o globalizado.

Entonces, lo que logran los que triunfan es detener un proyecto de democracia que podía ofrecer el espacio para proyectos de desarrollo social y económico **diferentes** al capitalismo, para imponer, en vez de ello, un sistema político que **solamente permitiera un único proyecto de desarrollo económico**. Y eso llevó 17 años.

El régimen militar creó las bases para un sistema político *ad hoc* para el capitalismo. No nos olvidemos que las principales reformas que impuso el capitalismo globalizado se hicieron durante el gobierno militar – lo que ningún otro gobierno de América Latina ha podido hacer. Allí se cambiaron las reglas del juego, se crearon las bases, en una perspectiva que también estuvo claramente dibujada en el pensamiento conservador chileno. Ese régimen tenía que terminar. No se sostenía. Había que buscar una organización institucional que legitimara la ecuación de la reproducción del capital con un sistema político correspondiente. Es lo que estamos viviendo hoy día. Por lo tanto, la democracia se transformó.

Una democracia ajena y distinta

Aquí viene el gran problema con la Concertación. **No es la misma democracia la que se plantea con Aylwin en este país, que la democracia que muere con Allende**. No hay una continuidad después de la interrupción con el régimen militar. La morfología del fenómeno política es la misma: hay parlamento, municipios, elecciones, prensa,... Pero no es lo mismo. Porque el fenómeno “democrático” que se genera a partir del régimen de fuerza está acuñado para no

caer en las contradicciones en que estaba cayendo la democracia desde 1938 en adelante, obligada a una política keynesiana de gasto social que suponía cargas tributarias, - porque alguien tiene que pagar la política social-, lo que es un atentado contra la reproducción del capital. Esa contradicción había que superarla, y la superamos aquí en Chile.

Por eso es un modelo para las burguesías latinoamericanas. En México, al entrevistarme por la muerte de este ser, los periodistas me dijeron: “los empresarios mejicanos están planteando: ‘queremos un Pinochet en México’” . ¿Qué es, entonces, Pinochet? No es un militar, sino la capacidad de imponer reglas económicas sin discusión y por la vía rápida. Después se verá cómo eso se arregla para consolidarlo, legitimándolo. Que fue lo que se hizo aquí con la llamada “transición” del régimen militar al régimen de la Concertación. Ésta hereda totalmente el régimen militar, hereda su modelo económico sin cambio alguno, o con muy pocos cambios. Lo que sí cambió fue el espacio interno. Por eso la democracia es otra.

En esta democracia, el individuo se halla encerrado, ensímismado, y encuentra su máxima glorificación y trascendencia en el consumo. Cuando la gente comienza a doblegarse y a moverse por los canales de la movilidad individual, que no es real sino simbólica, se transforma en seres humanos subordinados. Subordinado es quien acepta graciosamente ser dominado. No está forzado. Porque no hay otra. Eso es legitimar algo. Se dicen: “Esta gente tiene mucha capacidad. Merecen ser rico. Por tanto voy a imitarlos a ellos”. Todos queremos ser Luksic o Angelini... Pero el problema es cómo llegaron a serlo.

Y esto nos lleva a la pregunta: ¿hay empresarios en este país? Es una pregunta que se vienen haciendo en la Cepal desde la época de Prebisch, 1950, pregunta que se mantiene hasta hoy. Hoy es más importante que mientras existía el modelo keynesiano de intervención y regulación del Estado. Hoy cuando ya no existe, existe sí el espacio de los empresarios. El problema es el de la pregunta schumpeteriana de si esos empresarios existen. Estamos en un modelo económico legitimado por una “democracia” que no ofrece espacios de proyecto, sobre la base de presupuestos que a lo mejor son ficticios, como decir “masa empresarial” ¿Existe esa masa, tienen posibilidad de ocupar el mercado, tienen posibilidad de exportar y de competir, por ejemplo los medianos y pequeños empresarios? ¿Están en condiciones de competir con la lógica del valor agregado que exige innovación tecnológica? La innovación tecnológica tiene que financiarse, ¿y dónde están los capitales que la financien? Valor agregado para ser capaces de competir, incluso en el mercado nacional, con mucho mayor razón en el mercado externo. Como les pasó a unos productores de duraznos de la zona central que quisieron saltarse los intermediarios, exportando directamente al mercado de Nueva York. Llegaron los duraznos a Nueva York y no se los desembarcaron... Estas realidades son parte del capitalismo globalizado. Se acepta esta realidad como natural.

Estamos viviendo una “naturalización de realidades”, como dirían los pedagogos. Es decir, estamos aceptando como naturales unos hechos que no son naturales, sino arbitrarios. Como si la realidad de la sociedad humana fuera el resultado de la dinámica de las partículas elementales o de la astrofísica. Pero no es así. Lo que ocurre en la realidad económica, financiero-comercial, institucional es producto de hombres individuales o socialmente organizados. Cuando hablamos

de “naturalización”, estamos hablando de la naturalización de la desigualdad, de que unos tienen más, porque salieron más capaces, o “supieron aprovechar sus oportunidades”, como diría Lagos.

Donde lo arbitrario se legitima como “natural”

Todo esto ilustra sólo una cosa: la legitimación. Cuando yo acepto todo por vía de naturalizarlo, por vía de que no queda más alternativa que aceptarlo, estoy aceptando situaciones sociales que son el producto de grupos e intereses humanos. Y lo estoy aceptando como algo legítimo. Y si yo acepto eso, entonces termino por transformar a la población en una población pasiva, conformista, gritona, enojona y protestona – pero el problema no es protestar, sino tener fuerza. Como me decía un colega en México: “el problema no son las contradicciones internas del capitalismo, sino que la gente no se dé cuenta y no proteste”. Propósito de las políticas educacionales y de las políticas de los medios de comunicación, entre otros mecanismos, es que la gente no se dé cuenta de lo que pasa.

Estamos enfrentados a una situación de inmovilismo. Al detenerse un proyecto radicalizado de democratización creciente con el golpe del 73, se afianzan las condiciones para crear una institucionalidad que no entre en contradicción con la reproducción del capital. Esto supone dos grandes momentos: el momento de la fuerza bruta y el momento de su legitimación después por un régimen democrático que heredó políticamente a este régimen de facto.

Así llegamos a una cuestión fundamental del pensamiento social cuya discusión no se está dando aquí con suficiente fuerza. Hay gente que está preocupada, pero no tiene fuerza suficiente. Expresión de esto es la crisis de la educación superior en este país. Aquí, en este país, no se está fomentando el pensamiento, no se discute, no están circulando las ideas. Eso es muy grave, porque entonces no estamos en postura de poder reconocer opciones de futuro. Las opciones de futuro están cerradas por lo que dice y excluye el discurso dominante.

Esto es doloroso, porque la responsabilidad no es de A o de B, sino de cada uno de nosotros, del sujeto cotidiano que lo acepta. Por supuesto se están creando los mecanismos para que lo aceptemos. No es un problema de decisión personal. Aunque sí hay un problema psico-cultural muy profundo en este país, que tampoco ha sido suficientemente trabajado y que está detrás de muchas de las dinámicas tanto económicas como políticas. Pero es importante resaltarlo, porque es parte de toda una política, una estrategia, un modelo, un imaginario que nos obliga a esa aceptación que se traduce en lo subjetivo en desánimo, apatía, incredulidad, sin sentido, individualismo, derrotismo. Tiene muchos nombres, pero la raíz es una: no ver para adelante. No existe quien me diga “mire para adelante”.

El cuidado por la legitimación

En este juego de democracia y capitalismo que se da en Chile, es fundamental, para el sistema dominante, controlar los referentes públicos, para que cumplan con su función de legitimar. Los referentes públicos pueden ser dirigentes, partidos, sindicatos. Hay que controlarlos. No se puede aceptar que emerja un individuo, grupo o sindicato o, peor todavía, un partido político que diga que las

cosas pueden ser de otro modo y que hay otros futuros posibles.

Para poner un ejemplo de afuera, el peor enemigo que ha tenido el oficialismo en México ha sido el Zapatismo, no porque el Zapatismo tenga fuerza, ni menos fuerza militar, sino porque ha sido un grupo que se ha atrevido a leer distinto la realidad de México. Lo mismo en Brasil, los Sin Tierra dicen que hay otra manera de leer la problemática de Brasil. Es también lo que ocurrió en Bolivia con Evo Morales.

En este momento hay un celo enorme por que los referentes tengan un comportamiento *ad hoc*, para los requerimientos de una ecuación de un sistema político que preserve sin contradicciones el funcionamiento de un capitalismo desregulado, que es el que hemos heredado a partir de la crisis del bloque soviético en 1989. Estamos, por tanto, al comienzo de un proceso. Y con ello no soy pesimista, sino optimista. En la medida en que estamos al comienzo del proceso, es que hay muchos márgenes de intervención para cambiar su dirección.

Cómo construir un futuro

Y aquí es donde entran en juego otras dimensiones de la problemática: el papel de la clase política, pero sobre todo el de la intelectualidad chilena. Si queremos que el chileno comience a mirarse a sí mismo y a pensar su realidad desde una perspectiva diferente, buscando opciones de construcción que no sean las que les impone el discurso del poder, los intelectuales – en el sentido amplio – tienen una gran responsabilidad y no la están asumiendo.

¿Cómo construyo futuro? En la medida en que tenga gente que quiere futuro y que quiera ser sujeto que construya futuro. Si no lo tengo, no hay futuro. El futuro me lo impondrá otro.

Se coloca en el centro del debate la dimensión política de los fenómenos. Se tiende, en los ámbitos académicos, a una discusión técnica y fragmentaria de los problemas, donde los problemas son ajenos a las personas o separadas de ellas o de los grupos sociales. Sin embargo, no hay problema que no tenga un sujeto comprometido. No sólo individualidades, sino también sujetos sociales de diferentes tipos, porque los colectivos sociales son también diferentes. No estamos encuadrados en una categoría rígida, como la discusión acerca de si los sujetos sociales son clase o no lo son. Los sujetos sociales tienen elementos de clase, de etnia, de género, es decir, de una serie de dimensiones que hacen comportarse a los sujetos sociales como tales.

¿Hay actores sociales emergentes, nuevos, en este país? El sistema político que emergió en función de legitimar el capitalismo que había entrado en crisis a partir del 89, después de un período de fuerza desde el 73, ¿ha creado las condiciones para que emerja una nueva mentalidad, un nuevo pensamiento, pero sobre todo una nueva subjetividad social que se exprese en nuevos sujetos capaces de construir proyectos distintos de sociedad al que impone el orden? Si la sociedad civil ha pasado de ser un espacio de proyectos sustentados por diferentes tipos de colectivos sociales, a ser una sociedad puramente mercantilizada, donde lo único que cuenta es el comportamiento del individuo como consumidor, entonces las dificultades son muy concretas y hay que enfrentarlas.

Es lo que puedo decirles, a partir de las inquietudes que comparto con muchos de los presentes. Yo creo que la muerte de Pinochet no representa nada. El problema que sí habría que asumir es de si lo que se derrotó el 73 lo fue de manera definitiva, o no. El problema es cómo se puede retomar en Chile el proyecto radicalizado de democracia, en el contexto de hoy, el del capitalismo globalizado, no del capitalismo de los años 60,.

La respuesta a esta pregunta supone un pensamiento, una creación que se exprese no sólo en análisis, sino también en proyectos valóricos e ideológicos, para estar alertas frente al futuro, a partir de la premisa de que este futuro o lo construimos o nos lo imponen.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez",
CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativos culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 

CCTT <cctt@cctt.cl> escribió:

Miércoles 10 de enero de 2007:

Argomedo 40, esq. Vicuña Mackenna, 19:00 horas.

Conversación con Hugo Zemelman:

La muerte de Pinochet: su significado, memoria y política.

organizan:

Centro Ecuménico Diego de Medellín, y
Colectivos de Trabajadores, CC.TT.

Participa en el debate sobre las situación política y cultural chilena.

Libertad a los Presos Políticos Mapuche!
Avanzando en la construcción de una Alternativa...!
Red de comunicaciones de los Colectivos de Trabajadores, CC.TT.
web: www.cctt.cl
e-mail: cctt@cctt.cl